

## **DIANA MINES (2007)**

José Pilone ha experimentado intensamente en el autorretrato a lo largo de toda su producción fotográfica, utilizando a menudo las máscaras como materializaciones de sus procesos interiores, sujetos al devenir del tiempo, tanto real como personal. El tema de las medidas estaba implícito en esa dimensión temporal, pero toma ahora un giro importante al indagar en el propio cuerpo desnudo. Presentando la desnudez como mero territorio, Pilone asigna el protagonismo central al acto mismo de medir, ése que emprendemos temprana y dolorosamente en la vida, a partir de la comprobación de que el mundo en el que nos han inmerso al nacer está formado por múltiples existencias como la nuestra. Las nociones de igualdad y diferencia – tan generadoras de conflictos como de armonías – son indagadas aquí en su relación con los y las demás, pero también con los paradigmas culturales. Convertido en sastre que se prueba el traje de su propia piel, y en cartógrafo de su propia geografía, Pilone realiza un metódico ejercicio visual y vital en cuyo fondo bullen la aspiración de libertad y los múltiples condicionamientos simbolizados en la rígida geometría que contiene el cuerpo, todo y partes. Ineludible, el ideal estético creado por Leonardo Da Vinci, conocido como El Hombre de Vitrubio, aterriza sobre la humanidad cotidiana de este varón de hoy que se mide obsesivamente para comprender qué lugar (o no-lugar) le reconocerá una sociedad ferozmente competitiva. Expresamente, se abstiene de medir el icono más ponderado en nuestra cultura falocrática, renunciando de esta forma a todo privilegio de género.

## **DIANA MINES (Junio, 2016)**

Los confusos sentimientos que genera el cuerpo humano desnudo en nuestra cultura occidental y cristiana –especialmente en la católica- quedan evidenciados en el abismo que separa su fantasía de su realidad. Así por ejemplo, los panegíricos que exaltan la maternidad y la estrecha relación de una madre y su bebé, contrastan con el púdico ocultamiento del acto de amamantar, pero ambas expresiones palidecen frente al impúdico despliegue de pechos siliconados que abundan en revistas, almanaques, programas televisivos y portales de internet. Tanta exuberancia, lejos de empoderar a las mujeres, las expone al abuso y a la violencia, al mostrarlas como objetos de consumo público.

La contradicción se da también en torno al cuerpo de los varones, pero en otros términos. Desde pequeños, los niños son estimulados a exhibir sus cualidades varoniles –so pena de ser descalificados como “maricones” - pero a los adultos solo se les admite insinuar su sexo, no mostrarlo, precisamente por la vulnerabilidad que resultaría de su exhibición.

Este cúmulo de contradicciones derivadas de la división de roles sexuales asociados al ejercicio del poder, adquirió carácter de mandato divino cuando en el Génesis bíblico, Jehová convirtió la desnudez en castigo vergonzante al pecado original –que no fue otro que arrebatarse el poder derivado del árbol de la sabiduría.

Marcado a fuego por estos preconceptos patriarcales, el arte occidental aceptó durante siglos el cariz pecaminoso de toda exhibición de los genitales en una representación. Recién entrado el siglo XX y con el aporte cognitivo de las ciencias –en especial la psicología- pintores y escultores conquistaron la libertad de tratar naturalmente el cuerpo entero, algo que en oriente apenas había sufrido algún eclipse.

La última rama del arte en acceder a dicha libertad fue la fotografía, retraso explicable por el nexo indisoluble con la situación real en el momento de la toma. Como bien lo describió Philippe Dubois, la imagen fotográfica es una huella y conserva su carácter aún después de cualquier manipulación física o virtual.

Cuando en 2007 fui invitada a realizar la curaduría de una exposición que preparaban tres fotógrafos –Solange Pastorino, Suci Viera y José Pilone- con el título Nudos-Identidad, me fascinó la madurez de la propuesta, que incluía autorretratos desnudos como parte de una búsqueda introspectiva de autenticidad. El tema de la desnudez fue, obviamente, el más conversado con el grupo, dado que debía quedar claro su significado dentro del proyecto y en ese significado, lo erótico no constituía el foco de atención.

José Pilone indagó, en ese proyecto, el tema de la identidad individual y su compleja relación con la identidad colectiva, denominando "A medida" su aporte a la muestra grupal. En ella, asumía la enorme vulnerabilidad de su desnudez, nuevamente en función de la totalidad de su ser. Por si no quedaba claro, la cinta métrica con que medía en cada imagen sus proporciones físicas –y aceptaba la distancia de aquel ideal geométrico que Da Vinci había exaltado en el Hombre de Vitrubio- pasaba por alto la medición de sus genitales, desafiando el folclorismo barato que sitúa allí la virilidad de todo varón que se precie...

Admiré y admiro el coraje del artista que es José Pilone –hoy unánimemente apreciado en nuestro medio artístico y en el extranjero- a quien conocí en sus inicios fotográficos, en 1987. Ya por entonces abordaba la búsqueda de la armonía personal, dentro de sí mismo y en su relación con la naturaleza. En los años posteriores, desarrolló un trabajo único en nuestro medio, de análisis identitario colectivo, en el que fue personificando en imágenes los desafíos que enfrenta un hombre-tipo en una sociedad como la nuestra, que enmascara y presiona su identidad profunda para amoldarla a un modelo no solo erótico sino cultural.

En mi trabajo como curadora, evoqué la letra de una de las canciones emblemáticas de Bob Dylan, que viene al caso para cerrar también este comentario:

“¿Cuántos caminos tiene que recorrer el hombre para ser llamado hombre?

¿Cuántas orejas tiene que tener el hombre para escuchar gritar a otros hombres?

¿Cuántas veces puede voltear su cabeza el hombre, fingiendo que no vió nada?

¿Cuántos años tiene que vivir alguna gente hasta que se le permite ser libre?

La respuesta, amigo, amiga, sopla con el viento..."